

## JESÚS DE NAZARET: VERDADERO JUDÍO

*En el último decenio del siglo XX cobró un nuevo impulso el movimiento de acercamiento, iniciado con el Vaticano II (Declaración Nostra aetate, nº 4) y continuado –no sin altibajos– después, entre judaísmo y cristianismo. Los cristianos reconocieron mejor las raíces veterotestamentarias y judías de sus escritos sagrados, lo cual no sólo incidió favorablemente en la exégesis y la hermenéutica de los textos inspirados, sino también en la revisión de no pocos conceptos teológicos, en especial soteriológicos. Por parte judía se puso de manifiesto la tendencia a rehabilitar la figura de Jesús y a considerarlo no sólo como parte del patrimonio cultural y religioso de Israel, sino simplemente como judío, como uno de los suyos. No hay duda de que Auschwitz, con todo lo que significó y significa, ha contribuido eficazmente a este cambio. El artículo que presentamos se halla justamente en la confluencia de esas dos tendencias o movimientos. Nada mejor para resumirlo que las palabras, citadas por el propio autor, de la Congregación para la Doctrina de la fe, en un documento sobre la manera de presentar los judíos y el judaísmo en la predicación y en la catequesis (24.06.1985): Jesús fue judío y siempre lo será.*

*Jesus von Nazareth: vere homo iudaeus, Catholica 54 (2000) 200-207.*

Con el Concilio de Calcedonia (451) enseña la Iglesia: Jesucristo «es perfecto en la divinidad y perfecto en la humanidad, verdadero Dios y verdadero hombre», por lo cual sus dos naturalezas en él –Hijo de Dios encarnado– están unidas «sin confusión». En conexión con la reflexión cristológica después de Auschwitz, queda patente la necesidad de precisar la formulación conciliar «verdadero hombre» con la siguiente ampliación: verdadero *judío*. Pues, según su naturaleza humana, Jesús fue judío. Así, en línea con el NT, cabe hacer las siguientes afirmaciones:

1. Jesús fue el hijo de la judía María, natural de Nazaret en Ga-

lilea, como atestiguan los relatos de la infancia de Mateo y Lucas (véase también Jn 1,45s y el «título de la cruz»). Que María, la madre de Jesús, era de Nazaret es indiscutible. Y, según un antiguo principio judío, el que nace de una mujer judía es judío. Es el caso de Jesús.

En Rm 9,5 afirma Pablo: «de ellos» -de los judíos- surgió «Cristo según la carne». Y en Ga 4,4 añade: «Pero, llegada la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, *nacido bajo la Ley*». De acuerdo con esta última afirmación, refiere Lucas (2,21) que Jesús fue *circuncidado* el octavo día tras su nacimiento. Y luego (2,39) afirma que María y José

cumplieron «todo lo que prescribe la *Ley del Señor*» (expresión que sale cinco veces en Lc 2,21-40).

El propio Jesús se educó y vivió conforme a la Ley judía. A los doce años fue a Jerusalén para celebrar la Pascua (Lc 2,41-52). Y, «según su costumbre» va a la sinagoga los sábados (Lc 4,16). Por el contexto, esto se refiere a su permanencia en su pueblo de Nazaret. Pero también en sábado predica, por ej. en la sinagoga de Cafarnaum (Lc 4,31-37).

2. En el prólogo de su Evangelio, hace constar Mateo la «genealogía» de Jesús. En ella es presentado como «hijo de David» e «hijo de Abraham». Así, desde el primer versículo de su Evangelio, deja en claro Mateo que, de lo que se trata en él es del Jesús-hombre, de cómo se desarrolló concretamente su historia y de su relación con la historia judía. Como hijo de David, él dio cumplimiento a las promesas de la Escritura y a la esperanza de Israel.

En la primitiva Iglesia la ascendencia davídica de Jesús forma parte de la confesión de fe. Así Pablo en Rm 1,3, en donde –según creen comúnmente los exegetas– elabora una antigua confesión de fe muy probablemente judeo-cristiana: la filiación davídica de Jesús es parte integrante de la fidelidad de Dios con su pueblo. Según la expectación veterotestamentaria y judía, el Ungido del Señor había de ser Rey de Israel y de los pueblos. Por esto, si en 2 Tm 2,8, al destinatario de la carta se le dice «acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, *del linaje de David* según

mi Evangelio», este Evangelio concuerda con la antigua fórmula de Rm 1,3s. La referencia a la ascendencia de Jesús no apunta a su función cristológica o soteriológica, sino a su origen como hombre.

Queda, pues, de manifiesto que la ascendencia davídica de Jesús y juntamente el hecho de ser judío no sólo es aseverado para el ámbito prepascual, sino también en el ámbito de la primitiva Iglesia para el Resucitado e incluso en el Apocalipsis expresamente para el exaltado al cielo. Así en Ap 3,7 se le designa como el «Santo, el veraz, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie cierra, cierra y nadie abre», designación que alude a Is 22,22. El que posee la llave de David puede abrir el palacio real de Jerusalén. De un modo semejante, puede ahora el hijo de David abrir y cerrar las puertas de la Jerusalén celestial.

Según Ap 22,16b, Jesús es «raíz y vástago de David». La mejor versión de esta frase nos la proporciona Ch. Maurer: «el retoño de la raíz de David» (o sea, el descendiente). Obsérvese el artículo: Jesús es *el* descendiente de David. Existe en el fondo una altísima pretensión: desde los tiempos de David, toda la historia de Israel alcanza su culmen en Jesucristo. Añádese a esto la cita de Is 11,1.10 en Rm 15,12: «Se alzaré el retoño de José, se levantará a gobernar las naciones: en él esperarán los pueblos». Esta cita la refiere Pablo a Cristo «como servidor de los circuncisos», o sea de los judíos. Él ha de ser también Señor y esperanza de los pueblos

gentiles.

Hemos de referirnos también a Ap 5,5b: «Mira, ha vencido el León de la tribu de Judá, el retoño de David: él puede abrir el rollo de los siete sellos». Según Gn 49,9s, la bendición de Jacob sobre Judá dice así: «Judá, cachorro de león (...). No se apartará de Judá el cetro ni el bastón de mando de entre sus rodillas, (...) hasta que le rindan homenaje los pueblos». En Ap 5,5 ese león, ese retoño de David, no es otro que el Mesías Jesús exaltado al cielo. Él, el cordero sacrificado, es el único capaz de abrir el rollo de los siete sellos. También el judaísmo temprano refirió al Mesías venidero la bendición de Jacob a su hijo Judá.

Jesucristo exaltado es, pues, según el NT, «el retoño (hijo) de David» y con esto «el eterno judío» en el trono de Dios. Y, como el crucificado, es «el Rey de los judíos» (título de la cruz).

3. ¿Reconocerán también los judíos al Cristo de la Parusía como su Mesías? Esta pregunta apunta a la exégesis del discutidísimo texto de Mt 23,38s (y Lc 13,35): «He aquí que vuestra casa os queda desierta; *pues* os digo que *no vais a verme* a partir de ahora hasta que digáis: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!». En estos dos versos se juntan extrañamente una amenaza y un anuncio profético. Con el «vuestra casa» piensa ciertamente el evangelista en el templo, que ha sido abandonado por la *Schekiná* (presencia –de Yahvé–) y que, desde su destrucción, por los romanos el año 70, permanece «desierto». Esto suce-

dió «en perjuicio» (*hymin-* «os»-:dativo *incommodi*) de los judíos, probablemente –en opinión del evangelista– como castigo para ellos, por haber rechazado a Jesús y haber provocado su muerte.

Tanto para los evangelistas como para sus lectores, la destrucción del templo constituía la ejecución de un juicio pronunciado por Jesús. Si luego Jesús prosigue *exponiendo los motivos* («*pues os digo que no vais a verme a partir de ahora*») esta motivación sólo tiene sentido si sus oyentes (judíos) no lo van a ver «a partir de ahora» porque desde su resurrección dejó este mundo y con esto se hizo invisible para Israel y para todo el mundo. El acento se pone en el «no vais a ver». Que pretenda ser entendido como castigo para los «obstinados» judíos de ningún modo se deduce del texto. Este «no ver» no va a durar siempre, sino «hasta que digáis: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!».

Esto plantea la pregunta: ¿*Hasta cuándo?* Las partículas griegas *éos an* (hasta que) significan *un giro*. En este caso *un giro* del estado de carencia de la salvación al estado de logro de la misma mediante la salutación aprobatoria de los judíos que ahora, en la parusía de Cristo, *ven*. Ahora pueden ellos exclamar «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!», pues ellos *ven* en su venida al que viene. La amenaza de Mt 23,38 se convierte en anuncio positivo: con la parusía llega para los judíos el tiempo de la salvación permanente. Coincide con el anuncio profético de Pa-

blo en Rm 11,26: «Y así se salvará todo Israel, según lo escrito: de Sión saldrá el liberador...» La «salvación» de todo Israel no consiste ciertamente en una «conversión en masa» de los «obstinados» judíos antes de la parusía, como tal vez se afirma. Más bien es el resultado de una visión positiva, salvífica, de la parusía de Cristo. El judío e hijo de David Jesús de Nazaret será también el «liberador» del pueblo del que surgió.

4. Esto sigue la línea de Jesús en el tiempo prepascual, pues él se consideró ciertamente como «enviado a las ovejas descarriadas de la Casa de Israel» (Mt 15,24). Él «se hizo servidor de los circuncisos en atención a la fidelidad de Dios» (Rm 15,8). Él era judío y actuó a favor de su pueblo. Quería proporcionarle la salvación del Reino de Dios que irrumpía en él. Sus discípulos habían de hacer lo mismo: «Dirigios más bien a las ovejas descarriadas de la Casa de Israel» (Mt 10,6). Esta conciencia de ser enviado a su pueblo se manifiesta también en la parábola de los perversos viñadores (Mt 21,33-46). El dueño de la viña «finalmente les envió a su hijo» (21,37). Con esto se refiere Jesús a sí mismo y en 21,38s habla de su muerte violenta. Y los viñadores coinciden con todo Israel. A propósito de Mt 15,23-24 observa acertadamente J.Gnilka: «Todos los israelitas son ovejas descarriadas». Jesús es consciente de haber sido enviado por Dios a *todos* los que pertenecen a su pueblo. De ahí que Pablo afirme (Rm 11,26) que en la parusía «*todo* Israel se salvará». El acento recae

en el *todo*. Jesús permanece para siempre fiel a sí mismo y a su pueblo. Su contexto natural fue Israel, aunque no dejase de escuchar también el ruego de la mujer cananea.

5. ¿Estaba Jesús de Nazaret también en Auschwitz junto a su pueblo, al lado del pueblo judío? Ardua pregunta que contesto con un sí rotundo. Recordemos el título de la cruz. Con él quería Pilato burlarse de los judíos: ¡Mirad, un crucificado es vuestro rey! En Jn 19,21s consta una protesta de los sumos sacerdotes a la que Pilato no hace caso: «Lo que he escrito, escrito está». Para la mirada profunda de la fe, Jesús murió como «rey de los judíos». Murió «por el pueblo», por su pueblo (véase Jn 11,50). Murió en la cruz con un grito: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34). Con este grito y este *por qué* se expresa la más amarga experiencia del extremo abandono de Dios. Y *ese por qué* de Jesús no recibe ninguna respuesta de «su» Dios (Dios *mío*), de la misma manera que la frecuente pregunta «¿Dónde estaba Dios en Auschwitz?» queda sin auténtica respuesta. Según Flp 2,6-8, el igual a Dios se mostró en forma humana y, «haciéndose semejante a los seres humanos, se humilló y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz».

Concretamente, Cristo se manifestó en la forma de un *judío* y murió de muerte violenta, como muchos millones de judíos murieron de muerte violenta en los campos de exterminio. Así, el judío Jesús de Nazaret puede y debe

ser incluido entre esa gigantesca multitud.

En sus más de treinta lienzos de la cruz, el gran pintor judío Marc Chagall ha identificado al judío vejado, torturado y muerto con el judío Jesús crucificado. En uno de sus más famosos lienzos escribe Chagall el título de la cruz en hebreo y, como paño sujeto a la cintura, le coloca al crucificado el chal judío de la plegaria. A la izquierda de la cruz, casas ardiendo, y a la derecha una sinagoga también ardiendo. Ante la cruz, el candelabro de los siete brazos y a ambos lados del mismo judíos huyendo, uno de los cuales arrastra un rollo de la Torah. El pintor ve, pues, a Cristo crucificado totalmente identificado con los judíos que sufrieron y murieron en la *Shoah* (holocausto).

Y el poeta judío Paul Celan, poco antes de su muerte (1970), ante un grupo de la crucifixión del altar de Isenheim en Colmar, viendo en «un solo» Jesús el abandono de Dios y la lucha moral de «muchos» judíos torturados y muertos, escribió: *como si fuese –el cuerpo de cada uno de nosotros– tu cuerpo, Señor.*

Y otro judío, Jules V. Isaac escribió: «El brillo del horno crematorio de Auschwitz es para mí el faro que guía todos mis pensamientos. Oh, hermanos míos judíos, ¿no creéis que ha de fundirse con otro brillo, el de la cruz?».

Hemos partido de la fórmula cristológica de Calcedonia y hemos dicho que la segunda parte de la misma –verdadero hombre– necesitaba el complemento «verdadero judío». El material aporta-

do parece justificar dicho complemento. Al hacerse hombre en el seno de la judía María, Jesús de Nazaret no fue un hombre cualquiera. Fue un judío. Con su resurrección y su exaltación no renunció a su «naturaleza judía», sino que la conservó de una forma gloriosa como el «eterno judío», como el victorioso «león del linaje de Judá».

6. Es cierto: hay que tener en cuenta también que el propio Jesús nunca se atribuyó el nombre de «hijo de David», aunque dejó que otros se dirigiesen a él como tal. Para él, la dignidad del Mesías no se agotaba con su filiación davídica. Esto queda claro en una controversia de Jesús con sus adversarios (en Mt los fariseos, en Mc y Lc, los letrados) que conservan los tres Sinópticos (Mt 22,41-43; Mc 12,35-37; Lc 20, 41-44) y que hace referencia al salmo 110,1: «¿Cómo dicen que el Mesías es hijo de David? Si el mismo David dice en el libro de los Salmos: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha hasta que haga de tus enemigos escabel de tus pies.* Si David lo llama Señor, ¿cómo puede ser su hijo?». La pregunta de Jesús pone a su propia persona en el centro de las controversias. Los lectores de los Evangelios, sobre todo del de Mateo (genealogía de Jesús) saben perfectamente que Jesús de Nazaret es de ascendencia davídica. Pero también conocen la respuesta de Pedro a la pregunta de Jesús: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16). De ahí que sólo ellos puedan contestar correctamente la pregunta. A los fariseos y a los letrados

judíos la pregunta de Jesús les plantea un enigma insoluble, en cambio los lectores del Evangelio saben que Jesús no es sólo el «hijo de David». Él es más: él se sienta a la derecha del trono de Dios, como Señor del mundo e Hijo de

Dios (*vere Deus*). Esto último es el auténtico objetivo del relato de los cuatro Evangelios. Pero esto no quita que, según su naturaleza humana, Jesús de Nazaret sea y siga siendo, verdadero *judío*.

Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA

---

El paso ulterior consiste en llegar a intuir que Dios está a nuestro lado y que participa en el dolor por todo este mal que devasta la tierra. Él no está como un espectador desinteresado o un juez frío y lejano, sino que «sufre» por nosotros, por nuestras soledades incapaces de amar, porque Él sí que nos ama. El «sufrimiento» divino no es incompatible con las perfecciones divinas: es el sufrimiento del amor que comprende, la «compasión» activa y libre, fruto de una gratuidad sin límites. Cada vez más en el camino de la vida, bajo los rayos de luz del Evangelio, el Dios de Jesucristo se me ha mostrado como el Dios capaz de ternura y de piedad, hasta el punto de «sufrir» por los pecados del mundo; un Dios tierno como un Padre y una Madre, que no reniega nunca de sus hijos; un Dios humilde que manifiesta su omnipotencia y su libertad precisamente en su aparente debilidad frente al mal; un Dios que acepta sufrir por amor el peso de nuestro pecado y del dolor que este pecado introduce en el mundo. Pero justamente así, en la muerte de Jesús en la cruz, Dios nos enseña a sacar el bien del mal, la vida de la muerte. Entonces resulta contradictorio que queramos ser continuamente gratificados por todos y por todo, comenzando por Dios, mientras lo contemplamos crucificado.

¡Ojalá que todos comprendiésemos que el misterio de Dios muerto y resucitado es la clave de la existencia humana y el corazón del Evangelio y de nuestra fe!

CARLO M. MARTINI, Card. Arzobispo de Milán, *Un camí per a l'Església del nou mil·leni*, Barcelona 2000, pág. 16.